



www.loqueleo.com/ec

© 2006, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-698-9

Derechos de autor: 044320

Depósito legal: 005134

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2010

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Décima novena impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Roger Ycaza

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Patatas arriba

María Fernanda Heredia



loqueleto



*A Daniela,
la mejor contadora
de historias.*

Índice



El golpe	11
Capítulo I	15
Capítulo II	27
Capítulo III	33
Capítulo IV	43
Capítulo V	53
Capítulo VI	59
Capítulo VII	67
Capítulo VIII	73
Capítulo IX	83
Capítulo X	91
Capítulo XI	99
Capítulo XII	105
Capítulo XIII	113
Capítulo XIV	119
Capítulo XV	125
Capítulo XVI	131
Capítulo XVII	135
Capítulo XVIII	141
Capítulo XIX	145
Cuaderno de análisis	149

El golpe



Un día cualquiera despiertas sin imaginar que la vida está a punto de jugarte una mala pasada. 11

Das vuelta entre las sábanas, bostezas, te restriegas los ojos, te pones de pie, te acomodas el cabello y cuando das un paso viene lo peor.

El dolor es horrible.

Sientes que te inmoviliza.

Lloras.

Piensas que no podrás soportarlo.

Solo quieres gritar.

Eso fue, precisamente, lo que hice aquella mañana cuando al levantarme, torpemente di sin querer un puntapié a la pata de la cama.

Cuando los dedos de mi pie derecho se estrellaron contra ese grueso pedazo de madera sólida... ¡sentí que me moriría del dolor!

Siete palabrotas de grueso calibre salieron de mi boca. Esas palabras que comienzan con *p*, con *h*, con *v* o con *ch* y que si mi madre me escuchara pronunciar me cosería la boca con alambre de púas para que jamás volviera a repetir.

Aunque tenía los ojos nublados por las lágrimas que aparecieron instantáneamente, podría jurar que vi estrellas.

El dolor era tan intenso que llegué a pensar que mis dedos se habían triturado y que, en adelante, todos los zapatos me quedarían grandes.

Me tiré a la cama sujetando mi pie accidentado y seguí maldiciendo durante dos minutos más.

—¿Qué pasó? —preguntó mi mamá con voz adormecida desde su habitación.

12 —¡Nadaaaaaaayyyy! —respondí con un quejido.

Enseguida escuché que ella caminaba lentamente hacia mi cuarto. Abrió la puerta y me dijo:

—Si no pasó nada, ¿a qué se debe ese vocabulario de chofer interprovincial?

—¡Me golpeé la pata! —le dije mientras me retorcía.

—El pie —corrigió ella.

—Pie, pata, extremidad o pezuña... ¡qué más da! Me golpeé y creo que me rompí todos los huesos.

Aunque no quería llorar tenía la cara llena de lágrimas. Mi mamá se sentó junto a mí y se dispuso a revisar lo que quedaba de mi pie.

—¡Con cuidado! —supliqué.

Ella lo miró detenidamente, tocó, movió huesos y al final me dio su veredicto irrefutable:

—No te pasó nada. Estás bien. Solo tienes un raspón, quizá se te hinchará el pie y hay una pequeña herida que se curará sola. Vamos, límpiate con un poco de alcohol, ponte una vendita y no seas llorón. Lo mejor será que levantes el pie para evitar la hinchazón.

—¿Patas arriba?

—Pies —corrigió ella.

Poco a poco me incorporé y tomé fuerzas para enfrentarme con el espectáculo en que se habría convertido mi pie. Juraba que me iba a encontrar con un amasijo de huesos, sangre y músculos, pero mi pie estaba casi intacto. Como si nada. Apenas una tenue coloración verdosa y un pequeño raspón delataban lo ocurrido.

—Se te pasará —dijo mi mamá convencida—, y a ver si aprendes a usar pantuflas, llevo dieciséis años diciéndote que...

—... que no debo caminar descalzo, ya lo sé, mamá, hoy no me regañes, por favor.

Mamá sacudió mi cabello, que con tantas lágrimas se me había pegado entre la frente y la mejilla, sonrió dulcemente, bostezó levantando sus brazos y al salir de mi habitación pasó recogiendo los calcetines, camiseta, pantalón y cinturón que, debido a mi particular manera de entender el orden, estaban desperdigados por el piso como si hubiera caído un misil junto a mi cama.

—Es el dolor más terrible —le dije cuando la vi salir.

Ella volteó a mirarme y con la mayor sutileza y amor me dijo:

—Te prometo que el dolor pasará, te quedará una marquita, pero no es el fin del mundo... ¡Ahora, a poner las patas arriba!

—Pies —corregí yo.

Capítulo I



Todo comenzó cuando decidimos participar en el concurso: El Rey del Jamón y Beso.

15

Mi amigo Pablo y yo nos inscribimos puntualmente porque el premio resultaba muy interesante. Los organizadores de este concurso clandestino invitaron a toda la secundaria (sin que se enteraran las autoridades, claro está) a un concurso para devoradores de pizza de jamón. El que más pedazos de pizza pudiera comer en cinco minutos ganaría el gran premio: un beso de 60 segundos con Brenda Scott, una chica norteamericana, de quinto de bachillerato, que por su aspecto debía ser la hija de Barbie y Ken.

¡Pablo y yo queríamos ganar ese premio! Nuestro historial de besos era bastante raquítico. Pablo había besado a dos chicas en un juego de la botella, y luego supimos que ambas habían dicho que besar a Pablo era como besar a un semáforo: era frío, se ponía rojo y se quedaba parado como un tonto.

Yo había besado a una compañera en un juego de penitencias en el que el premio consistía en un disco de Arjona, y el castigo era un beso conmigo. Yo protesté y dije que el castigo debería ser escuchar a Arjona, pero una amiga ña-

dió: «Tienes razón, Arjona es horrible y sin gracia, pero no creo que tu beso sea mejor».

Con esos antecedentes, Pablo y yo nos entrenábamos intensamente para el concurso de devoradores de pizza. Comíamos todo lo que podíamos. A la hora del recreo cada uno se zampaba un mega sándwich de pollo, dos paquetes de galletas, tres helados, cuatro bolsas de papas fritas y cinco caramelos de menta para evitar el aliento de dragón. Al salir del colegio pasábamos por un kiosco en el que vendían comida para albañiles y obreros de las construcciones cercanas, y junto con ellos nos echábamos un cerro de arroz con lentejas, dos huevos fritos y una pata de pollo que parecía pata de mamut. Luego de eso íbamos a mi casa y almorzábamos la comida nutritiva que mi mamá había preparado, pero cada uno le añadía dos panes. Después pasábamos a nuestro tercer almuerzo en la casa de Pablo que, ante la poca creatividad gastronómica de su mamá, casi siempre consistía en un plato de sopa de garbanzos y un segundo plato de menestra de garbanzos con pescado frito y ensalada de garbanzos.

Con aquel arduo entrenamiento sentíamos que los garbanzos se nos salían por los ojos, pero nada de eso importaba, porque ambos soñábamos con el beso de 60 segundos con Brenda Scott.

Con la barriga hinchada como la del chofer del autobús del colegio, nos tumbábamos sobre la alfombra de la sala y comenzábamos a pensar en cómo disfrutaríamos de ese premio:

—Si yo gano —decía Pablo entusiasmado—, tienes que tomarme 60 fotos cuando reciba mi premio. ¡Una por cada

segundo que dure el beso! Empapelaré mi habitación con todas esas fotos. Las ampliaré a tamaño pared. Las colocaré en el techo para quedarme dormido contemplando mi triunfo, y en el baño para mirarlás mientras me ducho...

—Ojalá eso haga que te bañes con más frecuencia.

—¡Lo digo en serio, Tiago! Si cuando Brenda me bese yo no caigo al piso con un infarto de tanta emoción, prométeme que me sacarás todas las fotos posibles con tu cámara.

Pablo me llamaba Tiago porque decía que yo de santo no tenía ni un pelo, y mi nombre completo, Santiago, le provocaba risa. «Si tú eres un santo, entonces yo soy Madonna», solía decirme cuando escuchaba a alguien llamarme cariñosamente Santi.

Los organizadores habían determinado que el día del concurso sería el viernes 22 de abril, al salir de clases, en el gran cuarto donde el conserje del colegio guardaba los elementos de limpieza y jardinería. Ese conserje era cómplice del concurso y además miembro del jurado calificador. Él se encargaría de comprar las pizzas con el dinero recaudado de las inscripciones y de la venta de entradas. También, ayudaría a los organizadores a colocar luces estroboscópicas, parlantes y equipos de audio, para hacer del evento un gran show.

Todos los interesados en convertirnos en el Rey del Jamón y Beso practicábamos durante semanas. La dificultad radicaba no solo en la cantidad que pudiéramos comer durante los cinco minutos, sino que las reglas impedían que los participantes tomáramos líquido durante el concurso, con lo cual, al octavo pedazo de pizza, la sensación de se-

quedad en la garganta fuera tal, que sentiríamos como si estuviéramos comiéndonos un colchón de lana de borrego, con el borrego incluido.

El día señalado, Pablo y yo llegamos puntuales y sin haber comido nada durante 24 horas. Teníamos suficiente hambre como para ganar ese y tres concursos más. Llenamos la ficha de asistencia y junto con otros diez participantes nos colocamos en un improvisado escenario. Delante de nosotros había una mesa con un cerro de cajas de pizza que serían entregadas a cada uno por un miembro del jurado, a medida que las necesitáramos. La bodega estaba llena de gente, la música tecno retumbaba enfatizando los bajos, pero como el cuarto estaba lo suficientemente alejado de las oficinas administrativas del colegio, nadie se podía dar cuenta de lo que ahí estaba ocurriendo.

Roco Cuesta tomó la palabra como organizador y luego de saludar al público y calmar las ovaciones dio lectura a las sencillas bases del concurso:

Primero: Ganará quien coma más pedazos de pizza de jamón durante cinco minutos. Un juez por cada participante verificará la información.

Segundo: Está prohibido ingerir líquidos.

Tercero: Está prohibido detenerse por más de 10 segundos entre un pedazo y otro.

Cuarto: El resultado no podrá ser apelado.

Quinto: En caso de que exista un empate, la señorita Brenda Scott será la encargada de elegir al Rey del Jamón y Beso, con quien se besará ininterrumpidamente durante 60 segundos.

Antes de dar inicio al concurso, Roco miró a su alrededor y levantando su puño al aire preguntó al público con un grito poco creativo:

—¡¿Y cómo la están pasandoooooo?!

—¡Bieeeeeeeen! —fue la respuesta ensordecedora que entre silbidos y gritos recibió.

De inmediato comenzaron a escucharse las barras de apoyo a los participantes. Un griterío impresionante iba encendiendo el espíritu de la reunión. Pablo y yo teníamos la piel de gallina, ambos nos habíamos colocado al extremo de la fila de concursantes.

Roco comenzó a presentarnos uno a uno:

—En primer lugar tenemos a Nicolás González, más conocido como el Tiburón, y representa al... ¡segundo año de secundariaaaa! ¡Aplausos!

Pablo me miró y sonriendo me dijo en voz baja:

—No te preocupes, Tiago. Ese no puede con nosotros, su récord son diez pedazos de pizza.

—A continuación tenemos al representante del tercer año de secundaria, nuestro campeón del año anterior, nada más y nada menos que... ¡Boca de Sapo Collazos! ¡Aplausos!

Boca de Sapo, que parecía un tanque de guerra, apareció como un boxeador de peso pesado. Levantó sus brazos y se golpeó el pecho como un gorila mientras gritaba como un animal hambriento. Pablo y yo no pudimos evitar sentirnos intimidados.

—¿Todos tienen apodos? —pregunté nervioso a Pablo—. ¡Yo me inscribí con mi propio nombre, se van a burlar de mí!

—Tranquilo, yo ya me encargué de eso —respondió él—, soy muy bueno para los nombres artísticos, y no tengas miedo de ninguno de estos sujetos. Todo consiste en controlar la mente.

Roco continuó presentando a los demás que se habían autobautizado con nombres muy sugerentes: el Piraña Valdez, el Chacal López, el Tragón Martínez, el Gallinazo Arias, el Tiranosaurio Mendoza, el Pac-Man Escalante, el Comepiedras Buitrago y la Cobra Díaz. Cuando llegó a nuestros nombres, se quedó serio por un momento, luego sonrió y dijo:

—Y ahora tenemos a nuestros dos últimos participantes que han elegido un nombre muy peculiar. Con ustedeeeee: ¡Pablo y Tiago, los Albañiles Insaciableeees!!

Las carcajadas hicieron vibrar el cuarto del conserje, yo miré a Pablo con odio, pero él estaba ocupado levantando sus brazos como si ya fuera el triunfador.

—¿No se te ocurrió un peor nombre? —le pregunté avergonzado en voz baja—. ¡Parece el título de una película pornográfica!

Al rato, se comenzó a escuchar una barra al unísono que gritaba:

—¡Albañiles! ¡Albañiles! ¡Albañiles!

Finalmente llegó el instante de máxima emoción, cuando Roco presentó a la reina del concurso, a la chica de calendario, a la réplica encarnada de Barbie, al bombón que nos quitaba el sueño a todos, a la responsable de la taquicardia masculina generalizada en el Colegio Santa Lucía de Velásquez...

—Con ustedeeeee, la bellísima, la incomparable... ¡Brenda Scoooooott!

Los silbidos no se detenían, Brenda se paseaba por el escenario mientras todos nos derretíamos por ella.

—¡Tengo que ganar, tengo que ganar, tengo que ganar! Dios, por favor, haz que me crezca el estómago al tamaño del de un toro —rezaba Pablo en voz alta.

Brenda, ataviada con un estrecho pantalón negro y una blusa blanca anudada a la cintura, se colocó a un lado en una silla que el conserje había tomado prestada de la oficina de la directora y que se asemejaba a un trono para dar suficiente realce al concurso.

En ese momento, cuando Roco iba a iniciar el concurso, súbitamente una compañera se colocó en medio del escenario y casi arma una pataleta para que se le entregara el micrófono. Se trataba de Anitacristina Pino, una compañera que se caracterizaba por el uso eventual y escandaloso de sus tres únicas neuronas.

—Compañerooooo —dijo ella con su fingida voz de Pitufina, arrastrando la última sílaba—, interrumpo este acto para felicitar a los organizadores de este evento que promueve el compañerismo entre los compañeros y también entre los que no son compañeros de los otros compañeros. Recuerden que lo importante no es ganar sino competir, porque al competir no importa ganar, sino, por el contrario, competir sin esperar ganar ni perder, sino competir. Felicito a los organizadores por organizar de una manera tan bien organizada este hermoso acto cultural...

Roco perdió la paciencia, le quitó el micrófono de las manos, puso en cero su cronómetro y comenzó desde diez la cuenta regresiva... diez, nueve, ocho, (¡qué nervios!), siete, seis, (¡qué angustia!), cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡AHORA!

Sendas cajas de pizza se abrieron frente a los concursantes, y de allí comenzamos a extraer los pedazos uno tras otro, aceleradamente, como si no hubiéramos comido en dos años.

Los gritos del público subían la adrenalina de los participantes, la luz estroboscópica hacía que nuestros movimientos se vieran azulados y lentos, como los de un robot. Roco animaba a todos gritando: «¡Vamos, devoradores, vamos, que el beso más deseado los está esperando!».

En un minuto yo ya había terminado media caja de pizza y aún quedaba espacio para más. Vi a Pablo, de reojo, y él me llevaba la delantera con cuatro pedazos. De los demás concursantes no podía ver mucho, porque fijarme en ellos me habría hecho perder un tiempo valiosísimo.

Roco seguía moviendo las emociones del público:

—¡¿Dónde están las barraaaaaas?! A ver, ¡un grito de apoyo al Gallinazo Arias que ya se muestra cansado! ¡Dale, Gallinazo, dale! ¡Y que no se quede atrás el Pac-Man Escalante!

La música tecno nos aceleraba el corazón. De pronto, uno de los jueces levantó un pañuelo y apareció el primer eliminado: el Piraña Valdez se había tomado demasiado tiempo de descanso entre un pedazo y otro.

A los tres minutos ya quedábamos solo cuatro participantes. Los otros se habían apartado porque sus cuerpos no resistían más pizza de jamón.

Yo fui el siguiente. Necesitaba algo de agua para empujar los 28 pedazos que alcancé a devorar.

En el cuarto minuto cayó el Comepedras Buitrago y como finalistas quedaron únicamente mi amigo Pablo y el imbatible Boca de Sapo Collazos. A los cuatro minutos y 17 segundos ambos habían superado las cinco cajas de pizza. Lucían cansados pero dispuestos a dar batalla.

Boca de Sapo transpiraba como boxeador, tenía un aspecto que atemorizaba. Mi amigo Pablo masticaba como un roedor, y daba más risa que miedo.

—¡Dale, Pablo, dale! —le animaba yo desde la primera fila—. Te esperan los mejores 60 segundos de tu vida.

A los cinco minutos sonó el pitazo final y los jueces retiraron las cajas de pizza que habían contabilizado. Un silencio total reinó en el cuarto.

—¡Nadie se mueva! —dijo Roco—. Apártense de la mesa y no sigan masticando.

Rápidamente, los jueces hicieron su conteo y al tomar el micrófono para anunciar el resultado llegaron a la siguiente conclusión:

—52 pedazos de pizza cada uno, se trata de un empate. La bella Brenda deberá elegir al ganador, entre Boca de Sapo y el Albañil Insaciable.

Los ánimos se agudizaron más. Pablo tenía un gesto de fastidio imposible de ocultar.

La gente gritaba con desenfreno mientras Brenda se acercaba para analizar a los dos concursantes.

—¡Un momento! ¡No es un empate! —dijo uno de los jueces que se había dado cuenta de un detalle.

Roco preguntó qué pasaba, el juez tomó el micrófono y dijo:

—Según las cuentas, tanto el Albañil Insaciable como Boca de Sapo Collazos han comido la misma cantidad de pedazos de pizza. ¡Nadie se mueva, por favor! Sin embargo, yo quisiera pedir a los dos finalistas que abran sus bocas.

—¿Qué? —preguntó Roco.

—¡Abran la boca! —pidió nuevamente.

24 Pablo obedeció y ahí pudimos ver su lengua y sus dientes cansados, pero nada más.

Cuando Boca de Sapo hizo lo mismo, pudimos darnos cuenta de que un gran (y asqueroso) trozo de pizza continuaba ahí, sin que se lo hubiera tragado.

—¡El pedazo número 52 no ha sido digerido por Boca de Sapo! Por lo tanto, el ganador es: ¡El Albañil Insaciableeeee! ¡Un aplauso para el nuevo Rey del Jamón y Beso!

Como en un concurso de Miss Universo, me lancé a abrazar a mi amigo, a mi pana, a mi compinche, mientras él lloraba de emoción.

El público lo ovacionaba: «¡Albañil! ¡Albañil! ¡Albañil!».

La bella Brenda aplaudía también, creo que la idea de besar al horroroso Boca de Sapo Collazos le provocaba escozor.

La música cambió radicalmente y en lugar del bum, bum, bum tecno que nos había acompañado durante los cinco minutos del concurso, pasó a sonar una canción romántica que hablaba de amor: «Y va creciendo, y creciendo, como nubes en el cielo, dando vueltas por el mundo, es increíble... así es el amor, que al fin yo encontré».

Entre tanto, Pablo pasó al baño y ahí pudo cepillarse los dientes, usar enjuague bucal y cambiarse de camisa. ¡Debía estar presentable para recibir su premio! El organizador colocó la banda y la corona al nuevo Rey, mientras la gente estallaba de alegría.

La bellísima Brenda Scott pasó sonriente al frente del escenario donde lo esperaba su Albañil Insaciable. Él tenía la sonrisa congelada, a ratos parecía un niño aterrorizado. Solo yo sabía que aquel sería el primer beso memorable de su vida.

Me acerqué con la cámara que él me había entregado esa mañana, la encendí y apunté.

El público gritaba y silbaba entre risas nerviosas.

El cronómetro comenzó el conteo: 60, 59, 58... y yo inicié una sesión fotográfica de un largo beso que, ante la falta de experiencia de mi amigo, provocaba entre los asistentes más risa que envidia.

25